

## ENSALADILLA

**Menudencias de varia, leve y entrenida  
erudición, por don Francisco  
Rodríguez Marín**

LA VIRGEN DE LA CARIDAD

(*Recuerdos del siglo XVII*)

*¡De la Caridad:* una de las advocaciones más *sugestivas* que el piadoso fervor de nuestros abuelos pudo dar a la Madre de Dios! Porque decir *de la Caridad* es como decir de los desamparados, de los afligidos; y ¿quién, por poderoso que sea, no se encontró alguna vez en aflicción y desamparo? Así se explica que el culto a esta imagen esté desde mucho há indisolublemente unido a la historia de Sanlúcar de Barrameda, cuyos habitantes hallaron siempre a su Virgen tan bella, tan dadivosa, tan adorable, tan *milagrosiña*—como de las suyas suelen decir los gallegos, con cariñoso diminutivo,—que jamás negó cosa lícita que le pidiesen. Tiénela los hijos de Sanlúcar por paño de lágrimas, por solícita ejecutora de la doctrina evangélica, tan amorosa para los desvalidos, para los desheredados. Porque el Evangelio es amicísimo de los pobres.

Y pues la caridad se va perdiendo, de tal modo, que apenas si en el mundo queda otra que la de la Santísima Virgen, trabajo doblemente arqueológico será este mío, por referirse a antiguos sucesos, y por *haber* como *pasado a la Historia* la benéfica hermana de la Esperanza y de la Fe.

Cuando vino al mundo, por los años de 1550, don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, duodécimo señor de Sanlúcar, décimo conde de Niebla y séptimo duque de Medina Sidonia, yá la autoridad real, primero en las ma-

nos de los Reyes Católicos y después en las no menos hábiles del emperador Carlos V, había reducido a estrecha obediencia a aquellos desmandados próceres, mitad héroes y mitad bandoleros, de quienes habían sido juguetes reyes tan para poco y tan enclenques de entendimiento como don Juan II y don Enrique IV. Casado el duque en 1574 con doña Ana de Silva y Mendoza, hija de Ruy Gómez de Silva y de la célebre princesa de Eboli, bien pronto hubo de aprender qué poco duran y cuán amargo dejo suelen tener las humanas pompas, pues la princesa, por sus desaciertos y extravagancias, que fueron muchos y muy grandes, como de persona que no estaba en su cabal juicio, se vio reclusa en la torre de Pinto, sin que ruegos ningunos bastaran a devolverle su libertad. Este saludable ejemplo, la desastrada suerte que cupo en 1588 a la armada *Invencible* (¡qué sarcasmo de adjetivo!), confiada a don Alonso por muerte del ínclito marqués de Santa Cruz, y el estéril socorro con que en 1596 acudió a Cádiz, cuando yá habían no sólo ocupado, sino hasta evacuado la plaza los ingleses del conde de Essex, trajeron al duque a tal estado de ánimo, que, sobre que era de suyo hombre sinceramente piadoso, fuélo todavía más desde que acaecieron estos desastres, sin duda porque se daría a meditar en que los oropeles del mundo pasan *velut umbra* y en que nadie es grande aquí, donde tan chicos somos, que ninguno necesita para su sepultura más que un hoyo de siete palmos, que a todos por igual concede generosamente la madre tierra. Entonces, y ya instituido, desde el año 1581, bajo la advocación de San Ildefonso, un colegio donde quince muchachos pobres aprendiesen las primeras letras y cursasen latinidad, con el cargo de acompañar el Viático y de visitar a los enfermos indigentes, fundó el Hospital de San Pedro, dotándolo con magnificencia.

Empero, ni estas liberalidades ni otras análogas bastaron a satisfacer los piadosos deseos del duque y de su mujer; antes empeñaron a ésta en emularlas y superarlas, muy con beneplácito del magnate. Véase cómo logró llevarlo a cabo. Veneraba de antiguo el pueblo de Sanlúcar una hermosa imagen de la Virgen, colocada en un nicho abierto en el muro de la calle de la Bolsa, que hace esquina a la calleja que desemboca en la Plaza Mayor. No recordaré la curiosa historia de la imagen: si no me equivoco, Guillamas la refiere en su libro—que no tengo a mano—acerca de Sanlúcar; pero sí traeré a la memoria que la deliciosa escultura era imán de corazones; que a la Virgen de la Caridad acudía de continuo, en sus sinsabores y desdichas, todo el pueblo, con la poderosa fe que mueve las montañas. Era morada harto humilde para tan excelsa Señora el nicho en que se albergaba, y así la duquesa doña Ana de Silva pensó en ofrecerle otra más digna de su grandeza. A este intento, y mientras se edificaba el santuario que había de llamarse de Nuestra Señora de la Caridad, la efigie fué depositada en el Hospital de San Pedro, con general procesión, el día 10 de junio de 1608. Terminadas las obras y provista la nueva fundación, a la par que de ricas alhajas y ornamentos muy costosos, de administrador, capellán mayor, varios otros capellanes, acólitos y músicos, cuyos salarios excedían anualmente de cuatro mil ducados en reales de plata, verificóse la traslación de la imagen el día 12 de agosto de 1612; bendijo el templo el obispo de Medauro, y el 15, día de la Asunción, con otra procesión solemnísimas, comenzaron las fiestas y regocijos de la ciudad, durante nueve días consecutivos.

Pintoresca y galanísima descripción de aquellas fiestas hizo, en coplas reales fluidas y sonoras, fray Pedro Beltrán, dominico, en un poema intitulado *La Charidad Guzmaná*, que se conserva manuscrito en la Biblioteca

Nacional y del cual debería hacerse con una buena copia el Ayuntamiento de Sanlúcar, para tenerla en su archivo, porque toda la obra interesa mucho a quien quiera conocer o piense en escribir la historia de este municipio, ya que para hoy es deficientísima la de Guillamas. Sirvome de unos extractos que hice del mencionado poema a fin de utilizarlos en la extensa biografía del poeta antequerano Pedro Espinosa, capellán que fue del templo de la Caridad desde el año de 1615 hasta el de 1650, en que falleció.

Por las coplas reales del Padre Beltrán puede columbrarse el hermoso y fantástico aspecto que la ciudad ofrecía al verificarse la procesión del 15 de agosto:

«Agotó para esta fiesta  
Flora el prado y la floresta,  
jardines, montes y valles.

¡ Qué de altares ingeniosos,  
de ambas Indias orientales  
tesoreros ambiciosos !  
¡ Qué insignes arcos triunfales,  
de Roma asombros hermosos !  
¡ Qué de pasos, trabajados  
muchos días y trazados  
con mil símbolos diversos !  
¡ Qué de enigmas, qué de versos,  
qué de telas y brocados !

¡ Qué de sedas, qué de olores,  
qué de pinturas famosas,  
qué de danzas y cantores,  
qué de oro y piedras preciosas,  
alfombras, juncias y flores !  
¡ Qué de ricos ventanajes  
de sedas, telas y encajes,  
con ángeles ocupados !  
¡ Qué de galanes fundados  
en oro, seda y plumajes !

¡ Qué de rizos, qué de anillos,  
perlas, galas, joyas, piezas,  
aderezos, cabestrillos,  
barretas, ámbar, riquezas,  
requemados y soplillos !  
Pienso que el cielo este día  
en Sanlúcar, a porfía,  
trastornó toda su gloria,  
y el mar, de su verde escoria,  
cuantos tesoros tenía».

Predicáronse en el templo de la Caridad, durante las fiestas del novenario, nueve sermones. Fray Pedro Beltrán, después de elogiar a los oradores en sendas quintillas, añade :

«Todos estos nueve días  
por la tarde hubo alegrías :  
el primero, fiestas reales,  
con libreas imperiales,  
toros, cañas y alcancías.

Varias representaciones  
hubo el segundo en las plazas ;  
luego, el tercero, invenciones  
de guerra, ardidés y trazas,  
batalla, alarde, escuadrones.  
La cuarta tarde se echaron  
suertes, donde se rifaron  
sedas, paños y vajillas,  
joyas, *agnus*, gargantillas,  
que mil ducados montaron.

Hicieron la tarde quinta  
los caballeros destrezas,  
y, colgando de una cinta  
diez gansos, de sus cabezas  
sacaron purpúrea tinta.

Corrieron la tarde sesta  
veinte barcos sobre apuesta,  
llenos de remeros fuertes,  
diversos premios y suertes  
de seda, en mástiles puesta.

La séptima tornearon  
los caballeros y grandes,  
y, según en él jugaron,  
tal torneo no vio Flandes,  
ni alemanes sustentaron.  
La otra tarde una batalla  
naval en el mar se halla,  
con tantos tiros, banderas  
y humo, que casi de veras  
se pone Marte a miralla».

Pero donde extremadamente sube de punto la importancia de la reseña es en lo relativo a la justa poética celebrada el noveno día. No creo que de ella sepan cosa, entre nuestros eruditos, sino los que hayan examinado el poema de la Nacional, pues téngolo por no publicado, en todo ni en parte.

Los más de los nombres de autores que ganaron premios son, a toda luz, supositicios, y difícil habría de ser subrogar en el lugar de ellos los de las personas que concurren a la justa, una de las cuales paréceme que sería el mismo Padre Beltrán. ¡Lástima que no se conserven las composiciones premiadas! Bien que acaso haya copia de ellas en el archivo de la Casa de Medina Sidonia, trasladado a Madrid años há, en su mayor y mejor parte. Con todo, y a falta de más menudos pormenores, la reseña del buen fraile suple por ellos a maravilla.

Veámoslo :

«La postrera tarde, en fin,  
hubo justa literaria  
de español, griego y latín :

de premios guerra ordinaria ;  
de ingenios dulce motín.  
A los griegos ganó el premio  
Boleslao, diestro bohemio  
en epigramas curiosas,  
y Pitre y Richarte en prosas,  
honra del ánglico gremio.

Entre mil latinos versos,  
dulces, sáficos y heroicos,  
por más agudos y tersos,  
Lelio y Rufo, dos estoicos,  
ganaron premios diversos.  
A las españolas glosas  
con dos de perlas y rosas  
ganó los premios acá  
Roselio el Conde, que ya  
pisa estrellas luminosas.

De las enigmas, Rosardo,  
lírico elegante mudo ;  
de los ecos, Felinaro,  
sevillano ingenio agudo,  
en todos genios gallardo.  
De las liras y sonetos,  
décimas, quintas, tercetos,  
canciones y odas que hizo,  
nueve premios dio a Bertizo  
el valor de sus concetos.

De los romances, Anarda  
llevó el premio, nueva Aretá,  
décima musa gallarda,  
tan bella, sabia y discreta,  
que a todas nueve acobarda.  
A Floricio, turdetano,  
y a Celio, Tasso toscano  
y fénix de nuestros días,  
por diferentes poesías  
se dio un lauro soberano.

Los dos isleños famosos  
también justando vencieron,  
y otros ingenios curiosos,  
entre quien se repartieron  
cincuenta premios costosos.  
Dentro de la Caridad  
junta toda la ciudad,  
se dio el premio a los poetas,  
con chirimías, trompetas,  
mudo aplauso y majestad».

#### Asimismo hubo premios para

«El mejor arco trinfal,  
el altar más excelente,  
la seda más principal  
y la invención más valiente».

Y para el mejor carro, y la más lucida cuadrilla de máscaras, y los más vistosos juegos y luminarias, de los cuales dice el autor del poema :

«Cada noche, en general,  
se gastó tanto caudal  
de fuegos y artillerías,  
que Sanlúcar nueve días  
fue una Troya artificial».

Tales fueron los regocijos con que se inauguró el templo de la Virgen de la Caridad, declarada y jurada por patrona de Sanlúcar años después: el domingo 2 de septiembre de 1618.

Aquella era fe viva: fe con obras. La de ahora suele no tenerlas. Y ya se sabe: *fides sine operibus mortua est*.  
*Sanlúcar de Barrameda*

